

ADOLF TOBEÑA

NEUROPOLÍTICA
TOXICIDAD E INSOLVENCIA
DE LAS GRANDES IDEAS

EDLibros

CONTENIDO

1. PREÁMBULO: PUGILATO DE ESLÓGANES Y MERCADO DE IDEAS	11
Normas, liderazgos, idearios	14
Propósito	16
2. NUBARRONES DE IDEACIÓN POLÍTICA	19
No es el lenguaje el culpable, es el pensamiento endeble y falaz	20
Podar el jardín de las ideologías	22
3. VECTORES PSICOBIOLOGICOS DE LOS IDEARIOS NUCLEARES	25
Eje derecha/izquierda: los españoles y sus preferencias ideológicas	26
Psicofisiología del conservadurismo y el progresismo	32
Neuroimagen, conservadurismo y progresismo	38
Carga génica de las orientaciones políticas	46
¿Marcadores génicos de participación electoral?	51

Intolerancia y prejuicios ante foráneos	53
Personalidad e ideología: desarrollo en paralelo	54
El «síndrome conservador»	57
Vectores alternativos para las ideologías políticas	59
4. CONTRA LA TRINIDAD REPUBLICANA	63
4.1. <i>Igualdad</i>	64
Igualitarios por naturaleza	66
Maduración del anhelo de equidad	75
Élites igualitarias en juegos negociadores	82
De los juegos económicos a la igualdad civil	84
Derivaciones del efecto «celebrity»	86
Diferencias sexuales en el tablero de la igualdad	88
– ¿Igualdad feminista para sexos desiguales?: psicobiología de los hiatos de género	89
– Fronteras de género: del talento a la longevidad y la combatividad	91
– Cuerpos sexuados: la impregnación hormonal	93
– Cerebros dispares: de los moldes a los talentos	95
– Resistencias ante los distinguos sexuales	102
– Longevidad diferencial	105
– La violencia (atenuada) femenina	108
– Tipologías agresivas y habilidades de gé- nero: ¿cerebros combativos distintivos?	110
– Combatividad y entorno cultural: poder femenino y masculino	114
Desigualdades a celebrar en la paridad civil	118
4.2. <i>Fraternidad</i>	121
El legado letal	123
Individuos y coaliciones letales	127

CONTENIDO

El atractivo del combate y la seducción del guerrero	130
La guerra civilizadora	135
Tribalismos antiguos y modernos: resortes neurales del altruismo vecinal	138
– Circuitos del favoritismo gremial	140
– Neurohormonas pro-tribales	147
¿Vivir sin guerras?	155
Más que un club	157
4.3. <i>Libertad</i>	163
Mordazas menores	165
El cerebro individualista y el colectivista	168
¿Culturas individualistas vs. colectivistas?	172
Efectividad libertaria en la sociedad abierta: protección de la individualidad, la originalidad y el ingenio	174
5. CRITERIOS DE CALIDAD EN LA SELECCIÓN POLÍTICA	179
El perfil competencial de los políticos suecos	180
Comparaciones con otras élites suecas	187
¿Elitismo, exclusivismo o meritocracia inclusiva?	189
Predicadores: el legado «Obama»	191
Rostros políticos competentes	198
El arrastre del mesianismo	202
Culpabilímetros	205
6. JUBILAR A LA «FILOSOFÍA POLÍTICA»	211
Asesoría distinguida	212
El talante de los filósofos	214
Regresiones	216

CONTENIDO

7. ANTÍDOTOS DEL PENSAMIENTO POLÍTICO TÓXICO E INSOLVENTE	219
Contrafuertes democráticos	221
Gobernanza sofisticada	223
Subversión reaccionaria desde el lenguaje «democrático»	226
2017: Invierno	228
8. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	231
AGRADECIMIENTOS Y AVISOS	253

PREÁMBULO: PUGILATO DE ESLÓGANES Y MERCADO DE IDEAS

En política, como en religión, no se exige un nivel de conocimiento para expresar una opinión; bastan las convicciones firmes.

Hoffman, J. y Graham, P. (2015),
Introduction to political theory, Nueva York, Routledge (105)

La gente suele estar orgullosa de sus creencias políticas: tendemos a pensar que son el resultado de algún proceso racional al evaluar el mundo que nos rodea.

John Hibbing (en Buchen, L., 2012),
«The anatomy of politics», *Nature*, 490, 466-468).

¿Sería conveniente prescindir, de una vez por todas, de los pugilatos entre idearios políticos? ¿Cabe imaginarse una sociedad próspera, avanzada y abierta al contraste de todo tipo de iniciativas y de fórmulas de gobernanza sin recurrir a la confrontación de doctrinas o de idearios? ¿Ha llegado ya el momento de suprimir el bombardeo de consignas, buenos propósitos y objetivos espléndidos, como procedimiento para evaluar a los aspirantes a dirigentes y a sus programas? Parece una propuesta insensata dado el interés y el arrastre que suelen tener los litigios políticos a base de lanzar proclamas, pregonar eslóganes y atizarse, de continuo, con improperios y mandobles verbales. El espectáculo parece no tener rival, aunque quizá convendría ponderar posibles alternativas.

Hay que partir de la base de que habrá que seguir

evaluando «fórmulas» y «planes de acción» más o menos detallados y coherentes que permitan acercarse, con aproximación, a la gobernanza eficaz; la que debiera promover bienestar, oportunidades y prosperidad al mayor número de personas en cualquier lugar. Pero eso no obliga a sustentar el contraste de los esquemas de trabajo y a sus protagonistas más destacados en el combate entre torrentes de ocurrencias, directrices y soluciones más o menos milagrosas, en el interminable, correoso y, con frecuencia, estéril debate por acceder al poder.

Los sistemas políticos que permiten ir contrastando, con regularidad estipulada, las «recetas de gobernanza» que van apareciendo en el mercado de ideas (62) —las democracias representativas articuladas mediante un armazón de instituciones y contrapoderes sólidos— son las que han conseguido alcanzar y diseminar mejores cotas de buen vivir, garantizando además, una continuidad considerable. En eso hay un consenso casi general (1, 53, 77, 78, 79), aunque el panorama social siempre alberga posos de descontento, más o menos profundos, porque el rasero del buen vivir es muy opinable y presenta, además, unas gradaciones de fortuna tan distanciadas que no siempre resultan fáciles de digerir.

Para el contraste de aquellas fórmulas, no obstante, sigue predominando el pugilato partisano y los métodos de persuasión a base de dicitos o descalificaciones sin fin, en lugar de la comparación de resultados empíricos o la evaluación solvente de los fundamentos, la coherencia interna y el rigor metodológico de los supuestos que avalan los «planes de acción». Puede, de todos modos, que no haya más remedio que el litigio incesante entre pro-

puestas alternativas, puesto que la gobernanza de cualquier comunidad es siempre materia muy compleja y sujeta a infinidad de avatares e imponderables que a menudo se aúnan para complicar extraordinariamente el panorama.

De ahí que se siga recurriendo a la concurrencia competitiva entre idearios simplificados en todo tipo de foros. Al combate esencialmente retórico entre los líderes, sus pregoneros y sus respectivos recetarios. Importa mucho menos que esos recetarios estén bien trabados, que acarreen material averiado, dudoso o peligroso, y que promuevan o amenacen el progreso social diseminado. Y por esa misma razón, cuando cunde el desasosiego porque se atraviesan tiempos de estrecheces o porque se soporta una carga intolerable de parasitismo, lo expeditivo del procedimiento invita a que se cuelen toda suerte de desaprensivos, trepadores y granujas que pueden dar al traste con buena parte del tinglado, generando estancamientos o retrocesos gravosos, y causando no poco sufrimiento individual y colectivo.

Los demagogos, los timadores, los trepas, los mesiánicos y los aspirantes a tiranuelos o a déspotas son gente a vigilar, muy de cerca, porque van a estar siempre al acecho. Su presencia se reproduce, sin cesar, en cada generación, y hay que contar siempre con la posibilidad de que alguno de ellos se encarama hasta cimas de gran influencia. No van a ser ellos, en cualquier caso, el foco preferente de mi atención porque ya reciben demasiada. Aquí me interesa explorar, en concreto, la potencialidad tóxica de algunas ideas-matriz que se consideran esenciales y hasta sacrosantas, y que nutren casi todos los discursos políticos en el foro democrático.

Porque si no hay manera de prescindir de los idearios y de sus pugilatos en el mercado de las recetas económicas y sociales, al menos deberíamos ir considerando la posibilidad de hacerlos algo más exigentes. Ya que, de ese modo, se reduciría quizá la probabilidad de dar cancha y oportunidades a los aviesos, los caraduras y los predadores siempre tan abundantes.

NORMAS, LIDERAZGOS, IDEARIOS

Hace tiempo que le vengo dando vueltas al asunto, pero en esta época donde se ha acrecentado la preocupación por la llegada de comediantes y farsantes muy notorios hasta la cúspide del poder mundial, he creído que valía la pena darle algo de consistencia expositiva. Todos los grandes del pensamiento sintieron la tentación de ofrecer fórmulas para la sociedad armoniosa y el liderazgo benéfico. Desde la tradición iniciada por los griegos polemizando sobre la «República perfecta» (11, 163), hasta la densa e intrincada «ciencia política» que ahora se imparte en multitud de Escuelas de Administración y de Gobierno, no ha cesado el enjundioso empeño de proponer modelos para gestar comunidades prósperas, propicias y felices.

En algunos casos, esos modelos teóricos llegaron a convertirse en rígidos cultos de obligado cumplimiento impuestos, a sangre y fuego, a sociedades enteras. En otras ocasiones, no tan ominosas, impregnan unos compendios de normas consensuadas y debidamente revisadas: las constituciones y los usos regulatorios de los estados democráticos. Aunque las maneras de trabar y encauzar sociedades fecundas en oportunidades son múltiples, prác-

ticamente todas ellas colocan como cimiento ineludible a la Ley, a las normas asumidas por todos.

Tampoco voy a ocuparme de eso porque se trata de un punto de partida incontrovertible: se vive mucho mejor cuando todo el mundo circula por el mismo lado de la calzada (sea el derecho o el izquierdo), y se goza también de una existencia más dichosa si la gente se abstiene de irrumpir en casa o negocio ajeno a cualquier hora y sin avisar. Suele ser, además, conveniente que el conjunto de normas quede reunido en textos bien formulados y que haya especialistas en promover y garantizar su cumplimiento a los despistados o a los granujas que procuran saltárselas. Todo eso es imprescindible pero no es el tema de este ensayo y por eso me ocuparé muy poco (o nada) de reglas, leyes o sanciones.

Existe una fuerte tendencia a hacer derivar el ejercicio del dominio social máximo, el liderazgo político, de la Ley. Es cierto que en las democracias representativas se vive la mejor aproximación que conocemos a esa asunción: por eso nos permitimos el lujo de recordárselo, cada cierto tiempo, a los postulantes a llevar el timón y les vemos afanarse en esas costosas y frenéticas carreras en pos del voto mayoritario. Es precisamente en esos envites basados en el pugilato de ideas donde afloran de manera más obvia las flaquezas e inconsistencias que pretendo desbrozar. Conviene recordar, en cualquier caso, que el dominio efectivo siempre lo acaban ejerciendo algunas personas y coaliciones, en detrimento de otras. Hay ganadores y perdedores en todos los eslabones de la interacción social competitiva además de en las confrontaciones periódicas por la cima del gobierno, en cualquiera de sus estratos.

En un ensayo anterior (200) exploré la posibilidad de que los protagonistas de tales envites posean rasgos temperamentales que confieran una mayor o menor probabilidad de alcanzar posiciones de dominio (o de sometimiento). Para tratar sobre el poder, para analizar el dominio que imponen unos sobre otros en cualquier lugar, a despecho de las diferencias culturales y de las garantías legales, partí de una sospecha harto transitada, asimismo, por los grandes del pensamiento (3, 11, 20, 104, 108): en asuntos de poder, el carácter cuenta mucho y viene modulado, en buena medida, por la naturaleza. La biología individual siempre fue relevante para el oficio de dirigir y mandar, y lo continúa siendo sea cual fuere el marco institucional o legal. La biología del liderazgo descansa sobre resortes y mecanismos que pueden ser deslindados. La dinámica incesante de los litigios por el poder no solo abre cauces para ascender hasta los peldaños más encumbrados, sino que también ofrece resquicios múltiples para el fraude, la desvergüenza y el parasitismo. Para burlar las normas, para saltar por encima de la Ley o para forzar sus recovecos e insuficiencias aprovechándose de ello. Todo ello, sin embargo, tampoco será la diana principal de la presente incursión.

PROPÓSITO

Voy a formular, por consiguiente, el propósito principal del presente ensayo de manera sencilla: ¿estamos usando unas ideas-matriz demasiado simples o esquemáticas y, en el fondo, falsas, para cimentar los contrastes solventes en el mercado de las opciones políticas en democracia? ¿Generan más perjuicio que beneficio algunas de

las nociones o proposiciones que tenemos como pilares imprescindibles de los sistemas democráticos? Ese es el ámbito de trabajo.

No propondré ningún edificio conceptual para la sociedad armoniosa o el liderazgo prudente. Ni siquiera esquemas tentativos: no voy a presentar modelos, ni bosquejos, ni planes ni nada que se le parezca. Tan solo pretendo destacar algunas debilidades obvias o soterradas en la ideación primordial que alimenta los litigios de opinión y de acción política en el foro abierto de opciones. Debilidades que socavan la cimentación del andamiaje democrático y de ahí que plantee el ensayo como una *enmienda a la República ilustrada*. Una enmienda que irá acompañada, eso sí, con algunas sugerencias reparadoras.

La República mantiene el aura de los conceptos sagrados. De las entidades indiscutibles. A pesar de las degradaciones y las perversiones de todo tipo a que ha sido sometida en múltiples lugares y en diferentes períodos, sigue desprendiendo destellos de prestigio. Atesora cualidades primigenias como marco óptimo para la civilidad más madura y virtuosa. De ahí que, donde no se ha degustado a fondo ese paraguas institucional, siga generando seducción. Un arrastre que deriva del error de otorgarle un carácter de cierre o de culminación de los engarces y los mimbres que caracterizan a las sociedades democráticas. Un sello o atributo distintivo, que los demás marcos políticos solo alcanzarían por imitación o aproximación, porque no encarnan con plenitud los grandes valores o ideas republicanas.

Voy a dedicar, por consiguiente, esta incursión a desmontar el fulgor, a menudo excesivo o contraproducen-

te, de los grandes principios republicanos y a sugerir, asimismo, propuestas para enmendar o atenuar la fuerza de esas nociones sacralizadas. Enmiendas destinadas, sobre todo a complementar esos principios «intocables» con propuestas de naturaleza pragmática. A intentar sustentar los propósitos y la ideación motivadora de la acción política recurriendo a los hallazgos empíricos firmes. Es decir, aplicando criterios científicos siempre que resulte posible.

Para aproximarme al tema recurriré, sobre todo a los datos de la psicología política y la neurociencia social. Usaré esos frentes de indagación para discutir la génesis, la pertinencia y las funciones benéficas, así como las distorsionadoras, las ofuscadoras o las directamente tóxicas, de esas grandes nociones o ideas-marco.

Me remito, en cualquier caso, a los contextos plenamente abiertos para el mercado de ideas y doctrinas seculares (165). Es decir, a los sistemas democráticos avanzados con concurrencia de instituciones y contrapoderes firmemente asentados (1, 53, 78, 79). No voy a prestar atención, por tanto, a los sistemas cerrados de base laica o a los que derivan de concepciones religiosas, porque siendo cierto que esos marcos han mostrado una capacidad opresiva inigualable, al imponer totalitarismo excluyentes, eso ya ha sido estudiado con meticulosidad. No ofrece dudas, quiero decir. Mejor huir de ellos, si hay escape viable, porque en las sociedades complejas solo garantizan estancamiento o retroceso para todo tipo de iniciativas.

NUBARRONES DE IDEACIÓN POLÍTICA

¿Cómo es posible que aún existan comunistas, fascistas y nacionalistas en un país civilizado? Después de setenta años sabemos ya con todo detalle sus crímenes, su inevitable deriva totalitaria, su profundo arcaísmo. No son ni de derechas ni de izquierdas, son del exterior de la democracia y conducen a décadas de infelicidad, crímenes y sumisión. En Francia han resucitado los tres cadáveres. También en España, aunque con diversos disfraces. Hay algo profundamente psicótico en ese deseo de ser conducido y anulado.

Félix de Azúa, «Tres días», *El País*, 09/05/2017

Ese lamento del frontispicio fue una letanía reverberante en la mayoría de tribunas sabias occidentales, durante las semanas anteriores a las elecciones presidenciales francesas de la primavera de 2017, que consagraron un resultado impactante: más de un tercio de electores galos dio sus votos a la candidata derechista y neofascista, Marine Le Pen, y solo una alianza defensiva de la mayoría de sus adversarios, alrededor de un audaz y joven economista, Emmanuel Macron, consiguió evitar su acceso al poder presidencial. La inquietud era comprensible puesto que se venía, en 2016, del desgajamiento británico de la Unión Europea por motivos nacionalistas de «recuperación de la soberanía», y de la instalación en la Casa Blanca, en Washington, de Donald Trump, un charlatán supremacista que ha superado, de largo, como embaucador y comediante a su precursor europeo, el incombustible *cavaliere* Berlusconi (90). Y en diversos países del meollo continental, desde Holanda, Italia y Austria, hasta Polo-

nia o Hungría, añejos autoritarismos de diverso signo habían reverdecido con fuerza. ¿Cómo era posible tamaño retroceso, en tantos lugares distintos y al mismo tiempo? ¿Cómo explicarlo en unas sociedades con unos niveles de bienestar y de oportunidades nada desdeñables?

NO ES EL LENGUAJE EL CULPABLE,
ES EL PENSAMIENTO ENDEBLE Y FALAZ

Lo más socorrido es acudir, de inmediato, a las virtudes ofuscadoras del lenguaje y a la sagacidad desvergonzada y demagógica de los que se dedican a la política o a sus asesores de cabecera (los publicitarios y propagandistas, sobre todo). Sagacidad para ir inventando nuevos términos y marcos de referencia (*frames*), con los que condensar y simplificar la realidad social y elaborar recetarios con soluciones aparentemente plausibles. Todo ello con un objetivo obvio: seguir engatusando al personal vendiendo esperanza y humo. Dicho de manera más sencilla, dar con arietes verbales persuasores acompañados con esbozos de «programas», para renovar ilusiones en el personal al que conviene encandilar, aleccionar y arrastrar.

Hay mucho de ello, porque la inventiva de los que se dedican a elaborar propaganda política, para ir alumbrando marcos de referencia distintivos y darles un barniz aparentemente serio, no conoce contención. Ante el cansancio o la fatiga por la reverberación de fórmulas envejecidas, jamás faltan recursos lingüísticos para dar con denominaciones remozadas. En época de lamentos por el desinterés creciente ante los logros conseguidos por las fórmulas de gobernanza que se han mostrado menos per-

niciosas en un marco social abierto (los recetarios de la democracia social y la liberal), no hay desierto de idearios, sino una profusión de ellos. No hay carencia de ideas de fondo y abrazo ilusionado de recetas simples («populistas»), como a menudo se proclama, sino un jardín frondosísimo de idearios más o menos trabados, en competición por una clientela siempre disponible.

Véase una mínima relación de los que han circulado, últimamente, por la plaza pública: podemismo, soberanismo, chavismo, obamismo, syrizismo, lepenismo, bolivarianismo, trumpismo, LGTBismo, indigenismo, castrismo, feminismo, secularismo, africanismo, buenismo, islamismo, europeísmo...; y a todos esos, y muchos otros, puede añadirse el inmenso batallón que se reúne a base de cócteles bautizados como «neo-»: liberales, comunistas, evangélicos, anarquistas, veganos, franciscanos, alternativos, fascios, confucianos, soviéticos, hípsters, modernos...; y con un panorama global que deviene ya una selva impenetrable si se da entrada, además, a las recetas que se cobijan bajo los correspondientes «antis-», «posts-», «extremo/a-» o «-radical», para todos ellos.

El lenguaje tiene parte de culpa, ciertamente, por la inmensa maleabilidad que pone al servicio de los predicadores avezados (condición inexcusable en el oficio de político), pero no es el ariete primordial de la reiteración de errores y del retorno a fórmulas perniciosas para el progreso individual y colectivo. La manipulación del lenguaje siempre va a estar ahí y hay que dar por descontado que los engaños, distorsiones y cacofonía de eslóganes en el mercado de ideas políticas se eternizarán. Así ha sido desenmascarado, en multitud de ocasiones, y eso no va a cambiar (4, 62). Habrá que analizar, por tanto, con

ahínco y algo más de penetración los vectores y motores de fondo para la renovación de ilusiones desenfocadas, aunque vengan vestidas con ropajes aparentemente nuevos.

PODAR EL JARDÍN DE LAS IDEOLOGÍAS

Por eso conviene comenzar por reducir, drásticamente, la expansión inflacionaria de las etiquetas para quedarse con lo esencial. Véase, en la siguiente tabla, cómo John Hoffman y Paul Graham (105) subdividen el bosque de doctrinas políticas en su obra *Introducción a la teoría política*, un manual de referencia en muchísimas universidades del mundo entero.

Tabla 2.1

Ideas políticas esenciales: Estado, libertad, igualdad, justicia, democracia, ciudadanía, castigo.

Ideologías clásicas: liberalismo,¹ conservadurismo, socialismo, anarquismo, nacionalismo, fascismo.

Ideologías contemporáneas: feminismo, ecologismo, multiculturalismo, fundamentalismo.

Ideas políticas contemporáneas: derechos humanos, desobediencia civil, violencia política, atención a la diversidad, justicia global.

1. Utilizaré «progresismo» como contrario a «conservadurismo» a partir de aquí, porque el «liberalismo» que en Estados Unidos denota el extremo opuesto a la derecha, en el gran eje Derecha/Izquierda, en Europa suele identificar a uno de los ingredientes esenciales de las posiciones conservadoras.

A ese núcleo o meollo de las variantes de la ideación política va dedicada esta excursión primeriza. Mi objetivo es limitado aunque cobija alguna ambición. *Abordaré, en primer lugar, algunas diferencias neurocognitivas que suelen distinguir a los humanos, en todas partes, en lo que se refiere a su orientación y sus preferencias políticas nucleares. Y en segundo lugar, me adentraré en un análisis de los hallazgos vinculados a la fundamentación de las ideas mayores que nutren el andamiaje de las sociedades organizadas como sistemas democráticos abiertos. Mi propósito primordial es mostrar que la reiteración de fórmulas dañinas en las recetas de gobernanza y la gran facilidad para caer en ilusiones espúreas, deriva de errores groseros de partida en el pensamiento político. Que el verdadero culpable de andar tropezando, innumerables veces, en las mismas piedras hay que buscarlo en la endeblez, las falacias y los desajustes consustanciales a la ideación política, por más revestida que vaya de elementos de supuesta racionalidad y por más alejada que intente mostrarse de los mitos y las creencias doctrinales.*

